

den, y gracias!... ¡Adiós, Clemente, hasta luego!  
Y el duque della Torre salió de su palacio y  
tomó el camino de la librería.

Don Clemente volvió al antepecho.

En aquel instante, Basso-Tomeo y sus tres hijos,  
rodeados de pescadores y de *lazzaroni* que habían  
acudido á ver la pesca, sacaron el copo á la playa.

#### CAPÍTULO XIV

##### En que Gaetano Mammone entra en escena

Según dijimos al empezar el capítulo precedente,  
San Francisco no había hecho las cosas á medias;  
la pesca era verdaderamente milagrosa.

Hubiérase dicho que el santo, para recompensar  
la misa y los cirios de Basso-Tomeo y las púercas de  
su hija Assunta, había metido en las redes del viejo  
pescador un espécimen de toda la riqueza piscatoria  
del golfo.

Cuando el copo salió del agua y cayó sobre la  
ribera el contenido de su inmensa bolsa próxima  
á estallar, no parecía sino que el Mediterráneo se  
había convertido en nuevo Pactolo.

Alrededor de un magnífico atún, que lo menos  
pesaba sesenta *rotoli* y que parecía el rey de los  
mares que Masaniello promete á sus compañeros  
en la *Muda de Pórtici*, coleaban los dorados de  
reflejos de oro, los bonitos de escamas de acero,

las voraces merluzas, los salmonetes de aletas encarnadas, los dentones de hocico redondo, y, por último, los ceos ó peces de San Pedro, en cuyos flancos se halla grabada la señal de los dedos del santo apóstol.

Basso-Tomeo se llevaba las manos á la cabeza, y apenas se atrevía á dar crédito á sus ojos; el infeliz saltaba de alegría como un chico de doce años. Los canastos que el viejo y sus hijos habían llevado con la esperanza de una buena pesca, se llenaron hasta los bordes, sin que pudiera entrar en ellos ni la tercera parte de aquel enjambre.

Genaro, Luigi y Gaetano corrieron en busca de otros cestos: mientras tanto, Basso-Tomeo refería á los circunstantes que aquel milagro era debido á San Francisco, en cuyo altar había mandado decir una misa y puesto una docena de cirios.

El enorme atún causaba principalmente la admiración del viejo Tomeo y de los espectadores; vista su desmesurada corpulencia, ¿no era en efecto un milagro que no hubiese roto la red con sus terribles sacudidas y dejado paso franco á los demás peces que saltaban alrededor de él?

Al mirar tan prodigiosa pesca y oír el relato del buen Tomeo, todo el mundo se santiguaba gritando: ¡Viva San Francisco! Sólo D. Clemente, que desde

su antepecho dominaba aquella escena, parecía poner en duda la intervención del santo, atribuyendo aquel milagroso copo á uno de esos felices cuartos de hora que á veces tienen los pescadores.

Desde el sitio en que el joven estaba colocado, su vista podía extenderse hasta el recodo que forma el muelle de la Marinella, por cuya razón veía lo que no le era fácil distinguir al pobre Basso-Tomeo, encerrado como se hallaba en el círculo de curiosos.

Y lo que á la sazón divisaba D. Clemente Filomarino desde su antepecho no era otra cosa que el hermano colector del convento de San Efreml.

Fray Pacífico, acompañado de su inseparable rucio, venía del mercado, y, de continuar la línea recta por la cual caminaba entonces el fraile, iba á parar infaliblemente á la pila de peces que el viejo Basso-Tomeo acababa de sacar del mar.

Y esto fué lo que sucedió: viendo fray Pacífico aquella reunión de gente, marchó derecho hacia ella, y, para que le fuera más fácil abrirse paso por entre la muchedumbre, cogió el ronzal de Jacobino y empezó á separar los curiosos, gritando en voz alta:

— ¡Plaza! ¡ plaza, en nombre de San Francisco!  
Sin dificultad se comprende que en una mu-

dumbre donde en todos los tonos de la admiración se cantaban las alabanzas del fundador de las órdenes mínimas, debía encontrar sitio cualquiera que se presentara en su nombre; así es que los espectadores se apresuraron á dejar paso al hermano colector, con tanto más motivo cuanto que á la razón antedicha se unía el respeto con que los *lazzaroni* miraban al fraile y á su burro Jacobino, sabiendo que ambos se hallaban al servicio del santo.

Fray Pacífico atravesaba, pues, el círculo de curiosos, ignorando lo que había en su centro, cuando de pronto se encontró frente al viejo Tomeo y poco le faltó para tropezar contra la montaña de peces que aun coleaban en las últimas convulsiones de la agonía.

Este era el momento que D. Clemente esperaba: el joven había previsto que iba á tener lugar una curiosa lucha entre el pescador y el fraile.

En efecto; no bien reconoció Basso-Tomeo á fray Pacífico y á su burro, cuando, comprendiendo el enorme tributo que le iban á hacer pagar, arrojó un grito de angustia y de terror y se puso pálido como un muerto. Un efecto diametralmente contrario produjo en fray Pacífico la vista de aquella ganga hacia la cual le había conducido su buena estrella: sus ojos chispearon de codicia y una for-

midable sonrisa de satisfacción asomó á sus labios.

Precisamente el hermano colector había encontrado aquella mañana la pescadería muy mal abastecida, y sin embargo de que el día siguiente era vigilia, nada había podido elegir en ella que fuese digno del delicado paladar de los capuchinos de San Efremo.

— ¡ Ah ! exclamó D. Clemente en tono bastante alto para que pudiesen oírle desde el muelle, la escena empieza á ser interesante.

Algunas personas levantaron la cabeza; pero, no comprendiendo lo que quería decir el joven de la bata de terciopelo, volvieron á fijar su atención en Basso-Tomeo y en fray Pacífico.

Por lo demás, el fraile se apresuró á desvanecer las dudas que el buen Tomeo pudiera abrigar respecto á sus intenciones: inmediatamente cogió el consabido cordón y le echó encima del atún, pronunciando las palabras sacramentales:

— ¡ En nombre de San Francisco !

Filomarino soltó la carcajada al ver que empezaba á realizarse lo que había sospechado.

Era evidente que iba á presenciar el combate de los dos móviles más poderosos de las acciones humanas: la superstición y el interés.

Basso-Tomeo, que creía á pie juntillas deber á

San Francisco su prodigioso copo, ¿defendería contra el santo, ó lo que era igual, contra su representante, la mejor pieza de aquella redada?

El desenlace de la escena que D. Clemente presenciaba podría servirle de piedra de toque para juzgar del fondo de patriotismo que había en las masas y para saber si, en la lucha que Nápoles iba á mantener por la conquista de sus derechos, combatiría aquel pueblo en favor ó en contra de sus preocupaciones.

La prueba no fué muy feliz para el filósofo.

Después de un combate interior de algunos segundos, la superstición venció al interés, y el pobre Tomeo, que por un instante pareció dispuesto á defender su propiedad con el auxilio de sus tres hijos, los cuales estaban ya de vuelta con los canastos, dió un paso atrás, y descubriendo el codiciado atún, dijo humildemente:

— San Francisco me le dió y San Francisco me le quita. ¡Viva San Francisco! Tomadle, padre mío.

— ¡Ah! ¡imbécil! exclamó el joven Filomarino sin poder contenerse.

Todas las miradas se volvieron hacia el joven de burlesca fisonomía asomado al antepecho; pero aquellas miradas no expresaban aún más que la

extrañeza que les causaba aquel epíteto, en razón á que nadie sabía positivamente á quién iba dirigido.

— ¡Oh! contigo hablo, Basso-Tomeo, añadió Filomarino. ¡Á tí, y no á ningún otro, es á quien llamo imbécil!

— ¿Y por qué, Excelencia?

— Porque me causa grima ver que, siendo tú y tus tres hijos honrados, laboriosos y robustos, os dejéis arrebatat el fruto de vuestras fatigas por un fraile bribón, holgazán é impudente.

Atacado así de improviso, cosa que jamás hubiera creído posible, á causa de la veneración que por doquiera inspiraba su hábito, fray Pacífico lanzó un rugido de cólera y amenazó al joven con su garrote de laurel.

— Guárdale para tu burro, cogulla, le dijo D. Clemente, que á mí no me atemoriza.

— Don Cirillo (1), respondió el fraile, os prevengo que mi burro se llama Jacobino.

— ¿Sí? pues entonces tu burro tiene el nombre del racional y tú el del asno.

La muchedumbre se echó á reir, y como sucede siempre que el pueblo presencia una disputa, empezó á ponerse de parte del que manifestaba más agudeza.

(1) Nombre que en Nápoles dan á los pisaverdes.

Fray Pacífico, en el paroxismo del furor, lanzó á don Clemente la palabra que en su concepto era la más terrible injuria:

— ¡ Lo que te digo es que eres un jacobino ! Hermanos, ese hombre es un jacobino... ¿ No veis su pelo cortado á la Tito ? ¿ No veis el pantalón que le sale por debajo de la bata ? ¡ Jacobino ! ¡ jacobino !

— ¡ Y que me jacto de serlo ! llámamelo cuanto quieras.

— ¿ Lo oís ? aulló fray Pacífico : él mismo lo confiesa.

— Ante todas cosas, frailuco, dijo D. Clemente, ¿ sabes tú lo que es un jacobino ?

— ¡ Un demagogo, un descamisado, un setembrista, un regicida !

— En Francia, podrá ser ; pero no en Nápoles. Escucha, y guarda en la memoria lo que voy á decirte : un *jacobino* es un hombre honrado que ama á su país y que desea el bienestar del pueblo y la abolición de las preocupaciones que le embrutecen ; *jacobino* es aquel que pide la igualdad ante la ley para que el rico y el pobre, el grande y el humilde sean medidos por el mismo rasero ; *jacobino* es el que apetece la libertad, á fin de que el infeliz pescador pueda echar sus redes en todo

el golfo, que, así como el aire que respiramos y como el sol que nos alumbra, es propiedad de todo el mundo, y de que ni en Pórtici, ni en Chiatamone, ni en Margellina haya sitios reservados, ni aun para el mismo rey ; *jacobino* es, en fin, aquel que ama la fraternidad, que considera á todos los hombres como si fueran hermanos, que no encuentra justo que los unos engullan en la holganza lo que otros producen á fuerza de trabajo, y que no quiere que cuando un pobre pescador, después de haber pasado la noche en preparar el copo y el día en tirar de él, coge por casualidad un atún que vale treinta ducados...

Pareciéndoles que el precio era demasiado alto, los espectadores se echaron á reir.

— ¡ Yo los doy por él ! continuó D. Clemente. Repito que un *jacobino* es aquel que no quiere que un hombre (digo mal) un cogulla venga con sus manos lavadas á robar un atún de treinta ducados á un pobre pescador. Y digo que un cogulla no es un hombre, porque sólo merece este título el que ayuda á sus semejantes, no aquel que los roba ; el que presta servicios á la sociedad, y no aquel que vive á sus expensas como una planta parásita ; el que trabaja y gana honradamente el sustento de su mujer y de sus hijos, y no aquel que se ocupa en

extraviar la mujer ajena, pervertir la juventud y hacer prosélitos en nombre de la pereza y de la holgazanería. Ahí tienes lo que es un jacobino y lo que es un fraile, ahí tienes por qué yo me jacto de ser jacobino.

— ¿ Lo oís?... ¡ lo oís! gritó el monje en el colmo de la exasperación; ¡ insulta á la Iglesia, insulta á la religión, insulta á San Francisco!... ¡ Es un ateo!

— ¿ Y qué es un ateo? preguntaron algunas voces.

— ¡ Un hombre que no cree en Dios! respondió fray Pacífico, ¡ que no cree en la Madona, que no cree en Jesucristo, que no cree en el milagro de *San Gennaro!*

Á cada una de estas acusaciones, D. Clemente Filomarino había visto animarse el rostro de los espectadores. Era evidente que si la disputa continuaba, teniendo por árbitro aquella muchedumbre ignorante y fanática, el resultado le sería poco favorable. Al oír la última acusación, algunos hombres habían lanzado gritos de cólera, amenazándole con el puño y repitiendo las palabras del fraile:

— ¡ Es un jacobino, un ateo que no cree en el milagro de *San Gennaro!*

— ¡ Y un amigo de los franceses! añadió fray Pacífico.

Á esta invectiva que el fraile había reservado como último argumento, algunos *lazzaroni* empezaron á coger piedras.

— Y vosotros, exclamó D. Clemente dirigiéndose á la muchedumbre, sois una cáfila de jumentos destinados á perpetuo bozal y á perpetua albarda.

Y se metió dentro cerrando la vidriera del antepecho.

Pero en aquel mismo instante, una voz estentórea gritó:

— ¡ Mueran los franceses! ¡ mueran los franceses!

Y cinco ó seis piedras llovieron sobre los cristales de la ventana tras de la cual se hallaba Filomarino.

Uno de aquellos guijarros alcanzó á D. Clemente en la cara, haciéndole una ligera herida.

Quizás la cólera de la muchedumbre hubiera quedado satisfecha con aquella venganza si el joven no hubiese cometido la imprudencia de volver á salir; pero, furioso por el insulto más que por el dolor del golpe, se abalanzó sobre su escopeta de dos tiros, cargada con bala, recorrió la falleba y con el rostro radiante de ira y animado por la expresión del más profundo desprecio:

— ¿ Quién ha sido el que ha tirado la piedra? preguntó, ¿ quién?... ¿ quién?...

— ¡ Yo! respondió un hombre como de cuarenta

años, bajo de cuerpo, aunque vigorosamente constituido, cuya cabeza cubría un sombrero de paja y cuyos calzones y chaqueta llenos de harina indicaban su oficio de molinero. ¡Yo, Gaetano Mammone!

No había acabado de pronunciarlo, cuando D. Clemente se echó la escopeta á la cara y tiró del gatillo.

Pero no ardió más que el cebo.

— ¡Milagro! exclamó el fraile. ¡Milagro!

En seguida metió el atún en el serón, tomó el ramal del hurro, y dejando que Filomarino se las arreglase con la muchedumbre, echó á andar hacia la Inmacolatella gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Milagro! ¡milagro!

Doscientas bocas repitieron: ¡Milagro! Pero en medio de aquellos gritos, la misma voz que ya se había dejado oír clamó de nuevo:

— ¡Muera el jacobino! ¡muera el ateo! ¡muera el amigo de los franceses!

Y todos los que habían repetido: ¡Milagro! repitieron entonces:

— ¡Muera! ¡muera!

La guerra estaba declarada.

Un pelotón des aquellos furiosos se precipitó á la gran puerta á fin de atacar á D. Clemente por

la espalda: otros apoyaron una escala contra la pared para trepar al antepecho.

El joven volvió á apuntar á la muchedumbre y soltó el segundo tiro: un hombre cayó al suelo.

Semejante acción era el colmo de la imprudencia, era renunciar á toda misericordia. Ya no le quedaba más remedio que hacer lo posible por vender cara su vida.

Filomarino rompió el cráneo de un culatazo al primero que trató de escalar el antepecho; el cuerpo del invasor cayó á la plaza como una masa inerte.

Luego, arrojó la escopeta, cuya caja se había hecho astillas con la violencia del golpe, cogió sus pistolas de tiro, y empuñando una en cada mano, disparó contra los que escalaban el balcón.

Otros dos hombres cayeron á la calle; uno con el pecho atravesado por una bala; otro con la cabeza hecha pedazos.

Entonces redoblaron los gritos de rabia; el populacho acudía de todas partes á engrosar las filas de los sitiadores.

En aquel momento, D. Clemente Filomarino oyó crujir la puerta de la calle, é inmediatamente después el rumor de pasos que subían la escalera y se aproximaban á su habitación.

El joven corrió á la puerta y la cerró con llave...

¡ Débil barrera contra la muerte que le amenazaba!

Detenerse á cargar las pistolas era imposible, su escopeta estaba hecha pedazos: pero le quedaban los cañones, de los cuales podía servirse como de una maza, le quedaban sus espadas de combate.

Un nuevo agresor apareció en la ventana; los cañones se abatieron sobre él. Si la maza le hubiera cogido la cabeza, indudablemente se la habría rajado como una granada; pero la retiró por medio de un rápido movimiento, y recibió el golpe en el hombro. Aunque mal herido, se agarró al cañón colgándose de él con todo el peso de su cuerpo. Don Clemente, comprendiendo que para arrancársele necesitaba entablar una lucha, y que mientras tanto podían echar abajo la puerta, se le abandonó en el momento en que menos lo esperaba su adversario, el cual fué de espaldas á la calle; pero Filomarino perdió su más terrible defensa.

El joven echó mano á las espadas.

Entonces se dejó oír un terrible crujido, y la boca de una hacha asomó á través de las débiles hojas de la puerta.

Rápido como una exhalación, Filomarino metió la hoja de la espada por la abertura que acababa de hacer el pesado instrumento; antes que éste

volviera á abatirse, una horrible blasfemia resonó en el corredor.

— ¡ Botonazo! exclamó D. Clemente retirando la hoja manchada de sangre.

Y se echó á reír con esa risa salvaje que produce la alegría de la venganza en aquellos que nada esperan sino morir causando á sus enemigos el mayor daño posible.

Filomarino oyó tras sí el ruido que hace al caer un cuerpo pesado: un hombre, con un puñal en la mano, acababa de entrar por la ventana.

El joven se volvió, su espada brilló como un relámpago, y seis pulgadas de acero salieron por la espalda del intruso, el cual lanzó un suspiro y cayó para no levantarse.

Un segundo hachazo rompió el tablero de la puerta. Don Clemente iba á hacer cara á los nuevos adversarios, cuando vió una lluvia de libros y de papeles que caían á la calle desde el segundo piso.

Entonces comprendió que aquellos furiosos habían subido á la biblioteca y que estaban tirando por el balcón los autógrafos y los Elzevirs del duque della Torre, sin que los miserables sospechasen siquiera el tesoro que destruían.

Cuando le hirió la piedra, Filomarino había lan-

zado un grito de rabia; á la vista de aquella profanación, lanzó un grito de angustia.

¡ Cuál no sería la desesperación de su pobre hermano al volver á casa !

Don Clemente olvidó su propio peligro, olvidó que al volver el duque della Torre tendría probablemente que lamentar una desgracia mayor que la pérdida de sus autógrafos y de sus Elzevirs, y no vió sino aquel abismo abierto por su imprudencia, aquel abismo á donde iban á sumergirse, en el momento que menos lo esperaba, treinta años de afanes y de continuas investigaciones. Este pensamiento redobló su rabia contra aquellos brutos que hacían extensiva su venganza á los objetos inanimados, que destruían por el solo placer de destruir.

Hubo un instante en que se le ocurrió la idea de transigir con sus enemigos, ofreciéndoles su vida en rescate de los preciosos manuscritos de su hermano. Pero, al ver el aspecto de aquellos rostros coléricos marcados con el sello de la estupidez, comprendió que no transigirían, seguros como estaban de su presa; comprendió que revelarles el valor de aquellos objetos era disminuir las probabilidades de salvarlos, darles nuevo incentivo para que los destruyeran.

Así, pues, resolvió no pedirles gracia y vender su vida lo más caro que pudiera.

Tal vez sus enemigos se aplacarían después de su muerte.

Seguro de que iba á morir, Filomarino se puso á examinar con sangre fría su posición, á fin de sacar de ella el mejor partido posible bajo el punto de vista de la venganza.

El asalto del antepecho había sido abandonado como excesivamente peligroso. El joven fué hacia él y echó una mirada á la calle: tres mil *lazzaroni* vociferaban en el muelle; afortunadamente, ninguno tenía armas de fuego.

Algunos de ellos se ocupaban en hacer bajo los balcones del palacio un inmenso montón de leña que habían ido á buscar á la playa, sobre la cual había en aquella época un gran astillero de maderas de construcción.

Otros metían bajo la pila de combustible los libros y los papeles que los devastadores continuaban arrojando por las ventanas del segundo piso.

La puerta podía resistir, á lo sumo, por espacio de diez minutos; este era poco más ó menos el tiempo que don Clemente necesitaba para volver á cargar las pistolas, siempre que tuviera presencia de ánimo y mano segura.

Sabida es la prontitud con que se cargan las pistolas de tiro, cuya bala forzada sirve de taco á la pólvora. Filomarino acababa de cebarlas en el momento en que la puerta cedió á los hachazos.

Un tropel de hombres se precipitó en la habitación. Los dos tiros partieron á la vez y dos invasores quedaron sin vida.

El joven se volvió para coger las espadas; pero antes que hubiese tenido tiempo de llegar á ellas, se encontró literalmente envuelto entre las hojas de cien puñales.

Amenazado por veinte cuchillos que ya se levantaban para herirle, su muerte iba á ser rápida como el rayo, y Filomarino se preparaba á recibirla felicitándose de aquella pronta agonía, cuando el hombre de la chaqueta llena de harina se abrió paso por entre los invasores, y blandiendo el hacha que tenía en la mano, gritó con acento imperativo:

— ¡ Que nadie le toque! ¡ La sangre de ese hombre me pertenece!

Al oír aquella orden, diez y nueve de los veinte asesinos que amenazaban á la víctima detuvieron sus puñales; pero el vigésimo, más rápido que los otros, se le había clavado ya en el cuello. Todo lo que pudo hacer el matador fué dar un paso atrás y dejar el cuchillo en la herida.

Filomarino permaneció en pie, aunque vacilando como un hombre próximo á desvanecerse. Gaetano Mammone arrojó entonces su hacha, avanzó hasta él, le apoyó la espalda contra el tabique, le desgarró la bata y la camisa de batista, sin que D. Clemente tuviera fuerzani voluntad para oponer la menor resistencia, arrancó el puñal que había quedado clavado en la garganta y aplicó ávidamente sus labios á la herida, de la cual brotaba un chorro de sangre.

¡ Así hace el tigre después de desgarrar la arteria del caballo!

Don Clemente sentía que aquel hombre, ó mejor dicho, aquella fiera le arrancaba la vida; instintivamente le apoyó las manos sobre los hombros y trató de rechazarle, como Anteo trataba de rechazar á Hércules cuando el hijo de Alcmena le ahogaba entre sus brazos. Pero su adversario era demasiado robusto y las fuerzas de la víctima estaban ya agotadas; sus manos cayeron lentamente á lo largo de su cuerpo. Entonces le pareció que aquel monstruo, después de extraerle la sangre y de arrancarle la vida, le arrancaba también el alma. Un sudor frío humedeció su frente, circuló por sus venas medio vacías un escalofrío mortal, lanzó un suspiro y perdió el conocimiento.

Cuando la víctima dejó de palpar, el vampiro

separó de ella sus labios; una horrible sonrisa de feroz voluptuosidad animó su rostro.

— ¡Ajá! ¡ya he satisfecho la sed! dijo. Ahora haced lo que os dé la gana de ese cadáver.

Y en efecto: Gaetano Mammone dejó de sostener á la víctima contra la pared, y el cuerpo del joven se desplomó sobre el pavimento.

Mientras tanto, el duque della Torre, alegre como un chiquillo que acaba de obtener un nuevo juguete, había recibido de manos del librero Dura el Persio de 1664, — cuya autenticidad reconoció en el escudo y en los dos cetros cruzados que ornaban la portada — sin regatear el precio de sesenta y dos ducados que le pidiera el comerciante. Para que su colección de Elzevirs fuera completa, dicha que hasta entonces no habían conseguido alcanzar más que tres aficionados, uno de París, otro de Amsterdam y otro de Viena, ya no le faltaba sino encontrar el Terencio de 1661.

Dueño de su precioso volumen, el duque estaba ya impaciente por subir al *carrozzello* que debía conducirlo á su palacio. ¡Cuál no sería su ventura al enseñarle á su hermano su tesoro, al probarle que en el mundo no hay placer que pueda compararse al que experimenta el bibliómano cuando adquiere una nueva joya! ¡ Ah ! ¡ si pudiera hacer

que D. Clemente, á quien adornaban tan hermosas cualidades, tuviese también la pasión de los libros, entonces sí que sería un cumplido caballero! mientras que sin ella, se hallaba en el mismo caso que su colección de Elzevirs: las tenía todas menos una, de igual modo que él tenía todas las ediciones de los Elzevirs, padre, hijo y sobrino, menos el Terencio.

Con la sonrisa en los labios, á vueltas con estos pensamientos, en los cuales tomaba menos parte su espíritu que su corazón, el duque volvía á su palacio, estrechando su precioso volumen contra su pecho y ardiendo en ganas de besarle, cosa que hubiera hecho si hubiese estado solo, cuando al llegar á Supportico-Strettela le pareció distinguir un inmenso tumulto delante de su palacio. Pero ¡sin duda se engañaba! ¿qué habían de hacer aquellos hombres frente á su habitación?

Sin embargo, vió otra cosa que le pareció todavía más extraordinaria que el grupo tumultuario que había en la calle: desde las ventanas de su biblioteca, sus libros y sus papeles volaban á la plaza semejantes á una bandada de pájaros! Pero ¿no era una ilusión de óptica? ¿aquellas ventanas, á las cuales aparecían de cuando en cuando rostros desencajados por la cólera, eran en efecto las de su palacio?

Á medida que el *carrozzello* avanzaba, la duda iba desapareciendo, y una invencible angustia oprimía el corazón del duque. Y sin embargo, cuanto más se acercaba, más confusa le parecía aquella aterradora escena. Una especie de nube empezó á velar sus ojos, y con el cuello extendido, la vista fija y la voz entrecortada por la ansiedad:

— ¡ Pero esto es un sueño, un sueño horrible! murmuró.

¡ Ah! pronto conoció que no soñaba, y que alguna catástrofe inesperada, formidable, tenía lugar en su palacio.

El tumulto llegaba hasta el vico Marina-del-Vino y aquellos hombres encolerizados, rabiosos, frenéticos aullaban en inmenso coro:

— ¡ Muera el jacobino! ¡ muera el ateo! ¡ muera el amigo de los franceses! ¡ á la hoguera con él! ¡ á la hoguera!

Un terrible rayo de luz penetró en el cerebro del duque; hombres harapientos, medio desnudos, cubiertos de sangre, gesticulaban asomados á las ventanas de las habitaciones de D. Clemente. Della Torre saltó del *carrozzello*, penetró como un insensato por las oleadas de la muchedumbre, y, con una fuerza prodigiosa que nadie hubiera sospechado, empezó á separar á hombres diez veces más

robustos que él. Á medida que penetraba en aquel mar de cabezas, le parecía más irritado, más rugiente, más furioso.

Por fin llegó al centro... Un grito desgarrador salió entonces de su garganta.

Allí, sobre un montón de leña, estaba tendido su pobre hermano, sangriento, mutilado, casi desnudo. No, sus ojos no le engañaban... ¡ era él, era Clemente, su hijo querido, su hermano del alma!

El duque no comprendió más que una cosa; que los asesinos de su pobre hermano eran aquellos tigres, aquellos caníbales, aquellos demonios que rugían, aullaban y cantaban alrededor de la pila de leña.

Creyéndole completamente muerto, sólo pensó en morir. Ni siquiera le pasó por la imaginación la idea de sobrevivirle.

— ¡ Ah! ¡ miserables! ¡ traidores y cobardes asesinos! les gritó; ¡ inmundos verdugos! ¡ no podréis impedirnos de morir juntos!

Y se arrojó sobre el cuerpo de su hermano.

La muchedumbre rugió de alegría: en vez de una víctima, tenía dos; en vez de una víctima insensible, inerte, casi cadáver, tenía una víctima viva, que podría atormentar á su placer prolongándole el sufrimiento.

Domiciano decía al hablar de los cristianos : « No basta que mueran ; es preciso que se sientan morir. »

El pueblo de Nápoles es en esto digno heredero del sucesor de Tito.

En un segundo, el duque della Torre fué atado al cuerpo de su hermano y á los maderos de la pila de leña.

Don Clemente volvió á abrir los ojos : había sentido sobre sus labios la presión de un beso.

Reconociendo al duque á través del velo de la muerte, que ya empañaba su vista :

— ¡ Antonio ! ¡ Antonio ! murmuró, ¡ perdóname !

— ¡ Oh ! tú lo has dicho, Clemente, respondió el duque ; ¡ los dioses nos aman, y como á Cleovis y á Bitón nos conceden la dicha de morir juntos ! ¡ Yo te bendigo, hermano de mi alma !

En aquel momento, un hombre aproximó una antorcha á los libros y papeles hacinados — á los cuales no había dirigido el duque ni una mirada — y el montón de leña empezó á arder entre los gritos, las pullas, las carcajadas y las blasfemias de aquella frenética muchedumbre.

— ¡ Agua ! ¡ agua ! ¡ que van á morir demasiado pronto ! clamaban algunos.

Y en efecto : ¡ el suplicio de los dos hermanos duró tres horas !...

Al cabo de ese tiempo, hartos aquellos verdugos de atormentar á sus víctimas, se dispersaron en todos sentidos, llevando cada uno en la punta de su puñal ó de su bastón un pedazo de carne achicharrada.

Los huesos quedaron en la hoguera, cuyo fuego continuó consumiéndolos lentamente.

El doctor Cirillo pudo entonces continuar su camino hacia Pórtici ; lo que le había cerrado el paso era el gentío que presenciaba la agonía de los mártires.

Así perecieron el duque della Torre y su hermano don Clemente Filomarino, primeras víctimas del furor del populacho de Nápoles.

Las armas de la antigua Partenope, de la ciudad del hermoso cielo, son una *yegua en marcha* ; pero esa yegua, á semejanza de los caballos de Diómedes, se ha alimentado frecuentemente de carne humana.

Cinco minutos después de aquella escena, el doctor Cirillo llegaba á Pórtici.

Aquella misma noche, Héctor Caraffa salió de Nápoles con un disfraz, y, por el camino que en otro tiempo había seguido para ganar la frontera de los Estados pontificios, se dirigió á Roma, á fin de anunciar al general Championnet el accidente ocurrido á su ayudante y de conferenciar con él respecto á las medidas que habrían de tomarse en aquellas graves circunstancias.